II

La historia de medio siglo demuestra que es muy difícil discutir con un pragmatista, y ello por cuatro razones cuando menos. En primer lugar, existe la versión del pragmatista del predicamento egocéntrico. Tan pronto como es admitido, el predicamento egocéntrico puede analizarse o considerarse bajo diversos aspectos. Con o sin el ego, sea lo que fuere éste, todos estamos en el predicamento experiocéntrico. No hay manera de evadirse de la experiencia: todo intento de evadirla —y, hasta lo que puede decirse, toda evasión— representa otro tanto de experiencia. Además, puede considerarse de diversas maneras el predicamento experiocéntrico sin temor a incurrir en exageraciones. En nada nos perjudicamos si lo llamamos "interogocéntrico": puede que los pragmatistas descubrieran la investigación, pero no la inventaron. Nuestro predicamento también es siempre hasta cierto punto satisfacciocéntrico, voliciocéntrico y, en una palabra, pragmatocéntrico. En este sentido, todos somos pragmatistas: todos planteamos cuestiones, ejercemos lo que se llama "voluntad", sea lo que fuere, y buscamos satisfacción. Todos guiamos nuestra conducta y nuestros pensamientos por satisfacciones logradas, anticipadas o deseadas. El resultado es que toda crítica del pragmatismo está expuesta a una répllica de la especie de *tu quoque,* o "quienquiera que niegue esto, lo afirma".

En segundo lugar, el pragmatismo, debido a su apartamiento inicial del énfasis puesto en las percepciones y en las ideas, vuelve la atención, de aquellas funciones y procesos mentales que proporcionan más claridad o que, por lo menos, son más fácilmente comunicables, a las satisfacciones, controles, etc., que son más vagos y carecen de precisión. Esta vaguedad y falta de precisión, acarreó lo que podría llamarse el décimotercero pragmatismo original [1] y ha dejado sumido todo el problema en una penumbra de indefinición. Sin duda podría encontrarse en el *zeitgeist* [2] alguna justificación de esta falta de precisión. El pragmatismo surgió en un período en que tanto los hechos como los valores hicieron conspicuos el cambio y el fluir de las cosas y exaltaron el dinamismo. Por eso, el énfasis que el pragmatismo puso en la modificación, condujo a recalcar la importancia de la anticipación del futuro y

[1] A. O. Lovejoy, en *Journal of Philosophy,* vol. V, págs. 5 y siguientes y 29 y siguientes (1908).

[2] Vocablo alemán que significa *espíritu de la época. (N. del T.)*

a sus harto frecuentes cambios de posición y de doctrina. En sus esfuerzos por ser hercúleo, el pragmatismo ha sido heracliteano, si no proteico. En los primeros días, era difícil tropezarse dos veces con el mismo argumento, y cuando se asía uno, lo veíamos transformarse en nuestras mismas manos.

En términos generales, debe admitirse que toda amplia filosofía adolece o se beneficia de alguna vaguedad, pero lo único que nos interesa por el momento es que la vaguedad peculiar del pragmatismo suele hacer difícil la discusión.

Por otra parte, el insistente énfasis que el pragmatismo pone sobre la experiencia, si no abre la caja de Pandora (o el cofre de Porcia) de la epistemología, cuando menos no hace nada por cerrarlos. Y cualquiera que sea nuestra apreciación de lo que puede resultar de la epistemología, debe decirse que los argumentos epistemológicos son sutiles y difíciles.

Finalmente, con sus doctrinas de la verdad como satisfacción y la evidente pluralidad de las satisfacciones en el individuo o grupo, el pragmatismo ha tendido al pluralismo, y el pluralismo, sea el que fuere el lugar que se le asigne como filosofía, puede eludir más de un problema diciendo a la vez sí y no.

III

No puede aspirarse a examinar la obra de John Dewey sin rendirle ante todo tributo de admiración por sus cerca de setenta años de producciones filosóficas, y todo el que ha conocido a Dewey, tiene que añadir, a la admiración profesional, el aprecio que merece la bondad y la ayuda que siempre dispensó a los hombres más jóvenes que él.

Es imposible que un hombre joven haya tenido tiempo de leer todo lo que ha escrito Dewey ni pueda estar seguro de ofrecer un breve resumen de su pensamiento que resulte completamente adecuado. Sin embargo, para lo que ahora nos interesa, los principales lineamientos de su obra parecen claros y pueden sintetizarse como sigue:

1. Si nos vemos obligados a contestar a la pregunta: "¿Hay un mundo físico?", la respuesta que se perfila es afirmativa.[1] La mente opera en una situación ambiental mudable y problemática, que es la fuente y la piedra de toque de nuestro conocimiento. La experiencia contiene, fusionados, algo que se ha experimentado así

[1] John Dewey: *Logic: The Theory of Inquiry,* Holt, 1938, pág. 521.

como algunos procesos experienciales. La mente participa en la naturaleza.[1] Las cosas son poseídas y disfrutadas, pero esta experiencia inmediata no es cognoscitiva.

2. La mente participa en un proceso cognoscitivo cuando por medio de la investigación y del ataque, transforma condiciones antecedentes en consecuencias caracterizadas por un control, una organización y una satisfacción crecientes.

a. En este proceso cognoscitivo, los objetos son, por así decir, transicionales. Un objeto es aquel conjunto de distinciones o características conexas que emerge como integrante definido de una situación resuelta y es confirmado en la continuidad de la investigación. En el objeto hay alguna finalidad, pero los objetos son esencialmente acontecimientos con significado. Un objeto es una serie de cualidades tratadas como potencialidades en cuanto a ciertas consecuencias existenciales. Las cualidades sensibles no constituyen un objeto, salvo en virtud de las consecuencias.[2]

b. Nuestra experiencia con los objetos, se describe en proposiciones. Existe una diferencia importante entre 1) las proposiciones genéricas relativas a los objetos de determinada clase, y 2) las proposiciones universales abstractas. Las proposiciones genéricas pueden referirse a objetos, pero una ley abstracta universal, se ocupa de una interrelación de caracteres que forman parte integrante de un sistema total. Las proposiciones universales son no-existenciales y necesarias. La diferencia entre las dos clases de proposiciones conduce a algunas distinciones cuidadosas. Por ejemplo, si la proposición "todos los cretenses son embusteros" es simplemente genérica, dando a entender que la inclinación a la mentira es uno de los rasgos característicos de los cretenses, no se sigue que cada cretense sea necesariamente un embustero.[3]

La validez de un principio es determinada por la coherencia de las consecuencias producidas por los hábitos que articula. Si produce generalmente conclusiones que son sostenidas y desarrolladas por ulteriores investigaciones, el principio es válido, aun cuando en algún caso circunstancial acarree una conclusión que resulta inválida. En tales casos, el mal radica en el material tratado, más bien que en el hábito o principio general. Las invariantes son necesarias para el conocimiento, no para la existencia.[4]

[1] P. A. Schilpp: *The Philosophy of John Dewey,* Northwestern University Press, 1939, pág. 544.

[2] Dewey: *The Quest for Certainty,* Minton, Balch, 1929, págs. 99, 137, 168. Dewey: *Logic,* págs. 129 y 520.

[3] Dewey: *Logic,* págs. 380, 383, 442 y siguientes, 468.

[4] Dewey: *Logic,* págs. 13, 390.

c. Las proposiciones presentan formas lógicas. Estas formas surgen dentro de las operaciones de investigación y son ejemplos de relaciones entre medios y consecuentes en la indagación debidamente controlada. Las formas lógicas son las condiciones que tiene que reunir la investigación como tal. Por ejemplo, el sujeto de un juicio está formado por hechos observados que sacan a luz un problema y proporcionan materiales demostrativos para su solución; el predicado, por los contenidos conceptuales que anticipan una posible solución y dirigen las operaciones observacionales.[1]

d. Las ideas, las enunciaciones o las proposiciones que dan corporeidad a tales formas lógicas, son probadas aplicándolas a la situación dada.

e. A medida que las situaciones originalmente problemáticas son organizadas y transformadas de manera progresiva, la actividad práctica transforma la experiencia en conocimientos. El conocer —podríamos decir— es "saber cómo".

f. Nuestro conocimiento, al desarrollarse en semejante proceso, no es fijo, sino mudable; no absoluto, sino limitado; no seguro, sino progresivamente garantizado.

3. A todo lo largo de la argumentación, se recalca la importancia de la experiencia más bien que la de la naturaleza. El problema de la existencia del mundo externo —se dice— es engendrado artificialmente por premisas epistemológicas. Cuando actuamos y encontramos en las cosas circundantes una tenaz oposición a nuestros deseos y esfuerzos, lo externo del ambiente con respecto al yo, es un integrante directo de la experiencia directa. La existencia es existencia, y la prueba y modificación de las hipótesis por el hecho averiguado es un movimiento circular. Pero es un movimiento dentro de la investigación. Aunque el descubrimiento de América equivalió a tropezar con una existencia antecedente a la busca, no hubo descubrimiento en un sentido intelectual fecundo hasta que se hubieron transformado las viejas creencias. También fué transformado el mundo, pues de él formaba parte el mapa alterado. La modificación de la interpretación del mundo efectuó un cambio existencial.[2]

El énfasis puesto sobre la experiencia, adopta típicamente la forma de un énfasis biológico. Dewey dice que para él, la palabra "sujeto", si es que se usa, designa propiamente al organismo: se refiere a un agente de acción, más bien que a un conocedor, espí-

[1] *Ibid.*, págs. 3, 11, 14, 124.

[2] Dewey: *Experience and Nature*, págs. 156 y siguientes. *Logic*, pág. 266. Schilpp: *The Philosophy of John Dewey*, pág. 542.

ritu o conciencia.[1] Pero debemos hacer notar que el hacer pertenece también a la experiencia. En una ocasión, Dewey admite a la naturaleza dentro de su apreciación. Dice que ver el organismo en la naturaleza, el sistema nervioso en el organismo, el cerebro en el sistema nervioso, la corteza en el cerebro, equivale a dar respuesta a los problemas que obsesionan a la filosofía. Pero afirma una vez más que el mundo es ambiente sólo en la medida en que interviene directamente en la función vital.[2]

4. Por lo menos en una obra, se sostiene que las cualidades de nuestra experiencia pertenecen a la naturaleza. El uso y disfrute de las cosas pertenecen a las cosas así como a nosotros. Las emociones que nos causan son tan suyas como su longitud. Hasta la utilidad de las cosas es una cualidad poseída. Las cualidades características de la sensibilidad son cualidades de fenómenos cósmicos. Que deba haber dos sistemas separados, mente y mundo, en correspondencia de uno a uno, es el colmo de la incredibilidad.[3]

IV

La teoría de Dewey sobre el conocimiento científico, se ajusta, en su mayor parte, al anterior esquema.

1. El conocimiento científico emana de nuestra experiencia inmediata de las situaciones, pero presenta problemas que difieren de los de la percepción ordinaria.[4]

2. El conocimiento científico es una extensión y elaboración del conocimiento ordinario, lo que implica la presencia operacional de modos generales de actividad.[5]

a. La ciencia se ocupa de objetos, no de datos, es decir, de temas para ulterior interpretación. En comparación, los objetos ordinarios son finalidades. La ciencia se ocupa, no tanto de caracteres como de relaciones eminentemente abstractas, de las cosas tal y como se presentan en un vasto contexto ideacional o teórico. Los objetos científicos son correlaciones estadísticamente estandarizadas de cambios existenciales.[6]

[1] Schilpp, *op cit.*, pág. 542.
[2] Dewey: *Experience and Nature,* pág. 295; *Logic,* pág. 133.
[3] Dewey: *Experience and Nature,* págs. 108, 267.
[4] Schilpp: *The Philosophy of John Dewey,* págs. 536 y siguientes.
[5] *Ibid.,* pág. 538.
[6] Dewey: *The Quest for Certainty,* pág. 99, y *Logic,* pág. 116. Schilpp: *The Philosophy of John Dewey,* págs. 538, 578.

b. Se llega a las leyes científicas con ayuda de proposiciones genéricas, pero aquéllas son formuladas en proposiciones universales. Esta distinción es importante para Dewey. Una proposición genérica es la que se refiere a clases, y a ella se llega por la discriminación selectiva. Una proposición universal requiere otro tipo de abstracción, la abstracción de relaciones. Una ley expresa una relación de caracteres, de rasgos que describen una clase especificada; de ello se tienen ejemplos en nuestras concepciones de masa, tiempo y longitud, así como en la categoría de causación. La función de una proposición universal, no debe entenderse como si formara parte del contenido estructural de una proposición existencial. Una ley científica no se refiere a una secuencia de fenómenos. Lo que se repite es la clase de fenómeno: la relación uniforme o constante que la ley describe, no es temporal o secuencial.[1]

c. Al igual que las formas lógicas, la expresión matemática, tan importante en la ciencia, es un resultado de desarrollos intrínsecos dentro del molde general de investigación. La expresión matemática, libre de la necesidad de la referencia existencial, proporciona la posibilidad de una referencia indefinidamente extendida. Los conceptos matemáticos han de interpretarse en un contexto de actividad u operaciones. Por ejemplo, los postulados de un sistema matemático expresan elementos que, funcionalmente, tienen la categoría de datos, así como la forma de operar sobre ellos. Asimismo, dentro de un sistema dado, la equivalencia es siempre un fin a la vista o un objeto que ha de alcanzarse. El cero es un símbolo de un saldo de operaciones. En las matemáticas, lo mismo que en la ciencia en general, la comprobación no consiste en encontrar una existencia que responda a las exigencias de una teoría, sino en la ordenación sistemática de una serie compleja de datos, utilizando la idea o teoría como instrumento.[2]

d. Las teorías y las leyes son probadas, desde luego, mediante el experimento.

e. Las operaciones son esenciales. Las leyes son medios instrumentales que determinan, a través de operaciones, las secuencias ordenadas en que se resuelven los resultados cualitativos generales. En particular, se considera que el experimento Michelson-Morley demuestra el carácter operacional y relacional *(f)* de las concepciones científicas. La ciencia no es fija, sino mudable. Aunque no tenemos seguridad para formular asertos sobre el universo, esa se-

[1] Dewey: *Logic,* págs. 441, 450, 468.
[2] *Ibid.,* págs. 394, 405, 410, 418.

guridad aumenta progresivamente a medida que la investigación científica se desarrolla siguiendo las viejas y las nuevas direcciones.[1]

3. Dewey sigue insistiendo en la experiencia más que en la naturaleza. Así se ve, por ejemplo, en su afirmación de que es tan arbitrario asignar una realidad completa a los átomos a expensas del espíritu como establecer una separación rígida entre aquí y allá en el espacio. Se ve también en su interpretación a la obra de Heisenberg, de que, puesto que pueden fijarse a voluntad la posición o la velocidad, dejando a cualquiera de ellas el elemento de indeterminación, ambas son de naturaleza conceptual.[2]

El énfasis que Dewey pone en la experiencia, hace que el control de la experiencia implique el mismo principio que el de los fenómenos externos. Hay dos grados de control de las modificaciones que difieren prácticamente, pero que son iguales en principio. En astronomía, por ejemplo, no podemos introducir ninguna variación en los cuerpos celestes remotos; pero sí podemos alterar deliberadamente las condiciones bajo las cuales los observamos, lo que es igual, en principio, que el procedimiento lógico. Por medio de instrumentos especiales, modificamos los datos observados. En las cuestiones físicas y químicas más al alcance de la mano y susceptibles de una manipulación más directa, los cambios introducidos afectan a las cosas sometidas a investigación.[3]

El motivo de este énfasis puesto sobre la experiencia parece ser el deseo de evitar un racionalismo apriorístico trascendente y asegurar alguna clase de categoría a los valores.[4]

4. La extensión a la naturaleza de las cualidades de nuestra experiencia equivaldría, de ser sostenida y desarrollada, a un idealismo metafísico. Al parecer, éste no se manifiesta en las obras posteriores a *Experience and Nature*.

V

Las críticas a las teorías de Dewey forman legión. El ha contestado a muchas de ellas con su energía característica. Indicaremos ahora algunas observaciones que tienen importancia en relación con el presente estudio.

[1] Dewey: *The Quest for Certainty*, pág. 127, y *Logic*, págs. 454, 475, 531.

[2] Dewey: *The Quest for Certainty*, pág. 202, y *Experience and Nature*, pág. 110.

[3] Dewey: *The Quest for Certainty*, pág. 84.

[4] Schilpp: *The Philosophy of John Dewey*, págs. 538, 541.

1. Por lo que se refiere a la experiencia inmediata, no necesitamos extendernos en el argumento de que los neo-realistas, para no hablar de los intuicionistas y místicos, han concedido a la experiencia inmediata una jerarquía considerable como conocimiento. En comparación, la definición que Dewey da del conocimiento es restrictiva, cautelosa o (para compararla con las definiciones intensivas, extensivas y ostensivas usualmente reconocidas) *retrotensiva.*

2. Concedido que, por lo menos, en gran parte de nuestra experiencia hay una transformación que produce conocimiento, *(a)*, Dewey parece subestimar la extensión y el valor de la correspondencia entre nuestro espíritu y el mundo. Hicimos notar que, para él, el problema de la existencia del mundo externo es un problema artificial, engendrado por presuposiciones epistemológicas.[1] Pero una vez que ha aceptado esa existencia, parece presuponer que ésta sólo puede contribuir a nuestro conocimiento en la medida en que constituye un campo de ejercicio para nuestra actividad. (Las presuposiciones del pragmatismo son dignas de estudio; a veces, Dewey parece pensar que sólo sus adversarios no las tienen.) En términos de las teorías corrientes sobre la verdad, Dewey reconoce la importancia de la coherencia, así como la de las consecuencias de nuestros actos; pero recalca la importancia de las consecuencias. La coherencia es una coherencia dentro de nuestra experiencia, y queda poco lugar o tiempo para las correspondencias. Si se suponen o alcanzan algunas correspondencias, éstas son devueltas rápidamente al campo del conocer.

Ni qué decir tiene que podría sostenerse una discusión interminable acerca de las correspondencias. El idealista indicará que no existe ninguna prueba de correspondencias entre la mente y el mundo. Hasta los realistas críticos admiten que nuestras interpretaciones de las correspondencias son mediatizadas e indirectas. Todos debemos conceder que los objetos científicos son, en algunos respectos, diferentes de los objetos ordinarios: son construcciones, en mayor grado que los objetos ordinarios, y la construcción se encuentra dentro de nuestra experiencia. Pero esto no significa que los objetos estén en nuestra experiencia, y en cuanto se debilita la correspondencia entre nuestras construcciones y los objetos, estos últimos, si no dejan de ser científicos, carecen de todo sentido. El hecho de que no haya una demostración lógica de la correspondencia, no debe inducirnos a pasarla por alto. Puede ser que en lo que se refiere a esta cuestión, como a otras cuestiones epistemológicas, nadie tenga la respuesta completa. Se afianza la convic-

[1] *Ibid.*, pág. 542.

ción de que la epistemología, como la ética de Aristóteles, no es una disciplina exacta. En todo caso, son indispensables algunas correspondencias o correlaciones. Con teoría de copia o sin ella, si no se recalca y confía en aquéllas, el hombre y sus valores, por coherentes y satisfactorios que éstos puedan ser, anda errante por mundos irreales, y su llamado conocimiento es algo parecido a boxear con una sombra.

El pragmatismo recalca en demasía la actividad y la aventura, con una especie de celo incansable. Su santo y seña es "excélsior". Si se le apremia, admitirá que en el progreso hay mesetas, de la misma manera que Dewey admite que los objetos, a diferencia de los datos, son, en cierto sentido, finalidades. En este punto, como en otros muchos, el pragmatismo exagera su tesis. En el proceso del conocer, cierto grado de reposo y seguridad constituye un factor más importante que lo que nos haría suponer el pragmatismo.

b. Digamos nuevamente que el pragmatismo no posee a buen seguro ningún monopolio sobre las doctrinas de la generalización y los procedimientos que producen universales y leyes. Un empirismo bastante corriente y depurado puede cubrir este terreno, y, donde se reconocen grados de abstracción y generalización, *(c)*, puede explicar los universales lógicos, inclusive los teoremas matemáticos, permitiendo su cabal empleo en las pruebas experimentales, *(d)*.

La distinción que establece Dewey entre proposiciones genéricas y universales, plantea problemas lógicos sutiles. Supóngase que decimos que en una proposición genérica (desde el punto de vista activo y práctico, si se quiere recalcar tal extremo), seleccionamos y agrupamos objetos de un género específico, miembros de una clase rara, mientras que en una proposición universal tratamos explícitamente de incluir la clase entera o de resumir las relaciones o predicados que caracterizan a los miembros de toda la clase como tal. Ahora bien, la característica de una proposición universal (a diferencia de un universal, entendido como algo parecido a una idea platónica) puede considerarse como la presencia de la palabra "todos" o de algún vocablo equivalente. En este sentido, una proposición genérica, aunque esté estructurada vagamente, es ya un universal implícito. Dewey dice que la diferencia entre las proposiciones genéricas y las universales consiste en diferentes órdenes de abstracción. Esto es verdad, diríamos nosotros, en cuanto que en un caso se seleccionan o abstraen los miembros de una clase, mientras que en el otro se seleccionan o abstraen caracteres, propiedades, relaciones o predicados. Pero la diferencia esencial

es una diferencia de proceso lógico, o de operación: agrupar cierto número de términos sujetos en una clase, es una operación, mientras que atribuir predicados a un término sujeto, trátese de un término singular o de un término de clase, es otra operación. Muchas veces, la primera operación implica la segunda, pero este hecho no debe oscurecer la diferencia que existe entre ellas. Cualquiera de las dos clases de abstracción, se convierte fácilmente en una generalización. En la primera, los individuos son abstraídos y agrupados en clases denotadas con términos de clase o generales; en la segunda, tales términos sirven como sujetos de las proposiciones generales. Así, en lugar de decir "esta ballena", esta "ballena", etc., podemos decir "(la clase de) las ballenas". Tal generalización es un universal rudimentario o implícito: a no ser que se especifique, no podemos decir la diferencia que existe entre "ballenas" y "todas las ballenas". Una vez que se llega a un término de clase, podemos pasar a decir "las ballenas son mamíferos", o "las ballenas tienen más de trece metros de longitud", lo que, a no ser que se especifique, no se diferencia de "todas las ballenas son mamíferos", o "todas las ballenas tienen más de trece metros de longitud". En cada caso, la palabra "todas" señala la terminación, alegada o intentada, del "salto inductivo".

A veces, el salto inductivo por medio del cual agrupamos en clases, de manera inclusiva y exhaustiva, individuos o ejemplos, puede salvarnos del riesgo de otro salto mediante el cual atribuyamos predicados a los sujetos. Por ejemplo, al menos mientras el término de clase "ballenas" conserve su actual significado, no se corre ningún peligro al decir "las ballenas son mamíferos". En tal caso, cada término sujeto singular, convierte, por así decir, en generalización el predicado que se le atribuye. Evidentemente, el caso es distinto si decimos "todas las ballenas tienen más de trece metros de longitud". Puede decirse que estos ejemplos ilustran la diferencia que existe entre una proposición analítica y una proposición sintética. La diferencia entre ambas proposiciones, con o sin las circunstancias psicológicas y epistemológicas relativas a quién conoce y qué y cuándo conoce, indica una propiedad de términos paralela en el crecimiento y desarrollo de un organismo. En todo momento —podemos decir—, un organismo está constituído por ciertas células, y al escoger el alimento, adquiere otras que son desmenuzadas e incorporadas al organismo. De qué células se trata exactamente, es cosa que depende del momento en que se estudie el proceso. De análoga manera, un término (en lugar de ser fijo, como en la lógica tradicional) puede tener establecidos algunos

predicados, mientras que otros son seleccionados o rechazados. En las remotas abstracciones de las matemáticas, que se ocupan de clases de clases, o de clases de éstas, se ha salvaguardado, si no eliminado, el salto inductivo mediante postulados y definiciones, por lo que las proposiciones matemáticas son analíticas. Estas elevadas abstracciones tienden, por así decir, a mantenerse por encima de la lucha (o en la retaguardia): su certeza o necesidad son de una índole analítica y rarificada. Tarde o temprano, empero, son aplicadas a la experiencia ordinaria del mundo. Esta aplicación se hace a menudo sin la menor idea de someterlas a prueba, pero el caso es que, al menos inconsciente e indirectamente, se las prueba sin cesar, y siempre queda alguna posibilidad, siquiera sea ligera, de que puedan fracasar o ser abandonadas en favor de abstracciones más dúctiles. En pocas palabras, ni el universal lógico, ni el teorema matemático, ni la ley de la naturaleza, tienen nada de sacrosanto, y aun en el caso de que tuvieran algo de esta especie, difícilmente correspondería al pragmatismo celebrar tal cualidad.

Toda filosofía suficientemente alerta, puede admitir que *(e)* a medida que la ciencia efectúa transformaciones progresivas —es decir, a medida que reacomoda los elementos de situaciones ambientales más o menos limitadas—, adquirimos una confianza creciente. Por otra parte, en ciertos aspectos básicos, el mundo nos domina, está esperando que lo descubramos, y perderemos la perspectiva si nos tomamos a nosotros mismos demasiado en serio.

3. El meollo de la cuestión estriba realmente en el énfasis que se pone sobre la experiencia, en lugar de ponerlo sobre la naturaleza. El pragmatismo se hizo fuerte en la psicología semi-idealista de James y en las preocupaciones sociales de Dewey; pero cuando es convertido en una filosofía de la naturaleza, muestra sus limitaciones al contraer el universo dentro del ambiente. Ni qué decir tiene que no podemos salirnos del predicamento experiocéntrico, pero es igualmente indudable que tampoco podemos salirnos del mundo físico. Debemos admitir que la experiencia tiene cierta prioridad, que, desde el punto de vista psicológico y epistemológico, es anterior, pero evidentemente no lo es desde el punto de vista cosmológico, ni lo es, tampoco forzosamente —según lo que se entienda por "lógica"—, desde el punto de vista lógico.

4. El paso de una epistemología idealista a consecuencias extravagantes en el idealismo metafísico, es un sendero harto trillado, que los pragmatistas consecuentes no podrán dejar de seguir a la larga. Indudablemente, el idealismo es una gran filosofía, pero sería más grande si no existiera el mundo físico, que, desde los

tiempos de Hegel, ha constituído su principal tropiezo. Podría decirse que el idealismo ha presentado siempre un universo obstaculizador.

VI

Cabría esperar que el punto de vista del pragmatismo con respecto al mundo físico, aparecería presentado de la manera más favorable en la obra del físico Bridgman. Su obra, circunscrita a un campo científico particular, no habría de abarcar una extensión tan grande como una filosofía de altos vuelos. Sin embargo, se advierten en ella indicios de que se ajusta en general al esquema trazado anteriormente.

1. Se insinúa el reconocimiento de la independencia del mundo físico. Para un físico, el hecho es la cosa última contra la que no hay apelación. Las operaciones fundamentales son determinadas por la naturaleza.[1] Este punto de vista es modificado después, como veremos.

2. Puede decirse que el espíritu participa en la naturaleza. Desde el punto de vista operacional, carece de sentido tratar de separar la naturaleza de nuestro conocimiento de ella.[2]

a. La ciencia se ocupa de relaciones y objetos que son diferentes de las relaciones y objetos ordinarios. Es posible analizar la naturaleza en correlación sin hacer ninguna suposición en cuanto al carácter de éstas. En cuanto a los objetos de la ciencia, inferimos que existe una realidad física, v. g., el esfuerzo, fuera de nuestra experiencia directa porque está relacionada excepcionalmente con otros fenómenos independientes de aquéllos mediante los cuales es definida.[3]

b. En lugar de las distinciones de Dewey entre proposiciones genéricas y universales, tenemos las hipótesis empiristas usuales acerca de las leyes de la naturaleza. Toda la experiencia justifica la expectación de que las leyes de la naturaleza con las que ya estamos familiarizados son válidas, al menos aproximadamente y sin cambios violentos, para las regiones inexploradas que se encuentran inmediatamente más allá de nuestro presente alcance. Suponiendo una validad ilimitada para las leyes tal como las conocemos ahora, la matemática nos permite penetrar en la zona

[1] Bridgman: *The Logic of Modern Physics*, págs. 2, 29.
[2] *Ibid.*, pág. 62.
[3] *Ibid.*, págs. 37, 55.

crepuscular y hacer predicciones que pueden comprobarse más tarde. Pero esto no debe llevarse demasiado lejos.[1]

c. Las matemáticas fueron inventadas para interpretar la naturaleza.

d. El punto principal de conexión entre Bridgman y los pragmatistas consiste en el operacionalismo de aquél. Considerando, particularmente a la luz de la obra de Einstein, que los conceptos clásicos han llegado a ser inadecuados porque dan por sentado más de lo que puede corroborar el experimento, Bridgman trata de establecer el método experimental, en un sentido esencialmente operacional, como un criterio de verdad científica. De esta manera aspira a hacerlo innecesario para las ciencias del futuro, que han de someterse nuevamente a una revisión de las actitudes fundamentales con respecto a la naturaleza. Extiende el término "operaciones" de modo que comprenda tanto las mentales como las físicas. En general, por concepto no entendemos otra cosa que un conjunto de operaciones. Si no pueden existir las operaciones para contestar a una pregunta, ésta carece de sentido.[2]

e. Cabe esperar, ateniéndose estrictamente al método experimental u operacional, establecer una ciencia, pero *(f)* el conocimiento experimental suele ser nebuloso y pronto llegamos a sus límites. No podemos estar seguros de ninguna enunciación científica hasta que se han ejecutado los experimentos decisivos. Las operaciones futuras pueden revelar nuevas experiencias, pero queda por ejecutar una serie aterradora, si no inacabable, de experimentos.[3]

3. Se insiste repetidamente en la importancia de la experiencia. Se asegura al operacionalismo una especie de carácter absoluto tratando la cuestión en términos de experiencia. Se evita toda necesidad de revisar nuestra actitud con respecto a la naturaleza describiendo a la naturaleza en términos de experiencia. De esta manera, existe una correspondencia entre la experiencia y la descripción que de ella hacemos. En la obra posterior de Bridgman, éste se dedica por entero a examinar los contenidos de la conciencia. Se dice que las cosas existen, porque, por lo pronto, nuestros conceptos actúan del modo que nosotros queremos que actúen.[4]

Despojado de su confusa epistemología y de su consignación de los últimos descubrimientos científicos, el operacionalismo de

[1] *Ibíd.*, pág. 64.
[2] *Ibíd.*, págs. 2, 5, 28.
[3] *Ibíd.*, págs. 3, 10.
[4] Bridgman: *The Logic of Modern Physics*, pág. 6; *The Nature of Physical Theory*, págs. 22, 51.

Bridgman parece no ser otra cosa que un alegato en favor de los métodos experimentales. Pero los métodos experimentales deben ser utilizados para decirnos de una manera práctica algo acerca del mundo que nos rodea, y se funden y debilitan cuando se utilizan simplemente para interpretar el contenido de nuestra experiencia o nuestra conciencia. La obra de Einstein y de otros muchos científicos debe enseñarnos, desde luego, a mostrarnos cautelosos y críticos en nuestro empirismo, pero no debe obligarnos a atrincherarnos en el subjetivismo. Por otra parte, concedido que los experimentos son decisivos en la ciencia y que los experimentos son operaciones, constituye un grave problema averiguar si nuestras operaciones no pueden nunca hacer cabal justicia a los hechos de la naturaleza. Es mucho lo que tiene que darse por sentado antes de realizar cualquier experimento y antes de que el científico obtenga su laboratorio o su equipo intelectual. Por un lado, basta un subjetivismo restringido para demostrarlo, especialmente si se hace que las operaciones comprendan también las mentales. Por otro, después de realizar todos los experimentos factibles, es mucho lo que tiene que dejarse en el universo tal como estaba. Después de todo, las operaciones del hombre son endebles escarceos en medio de la naturaleza.

VII

Lewis, más kantiano y platónico [1] que Dewey, reconociendo que para cualquiera de nosotros hay en el conocimiento ciertas condiciones antecedentes, un factor categorial y un factor *a priori,* confía en el pragmatismo para dar respuesta a la cuestión de cómo se aplica este factor apriorístico, si no para responder a la cuestión de lo que es este factor.

1. También Lewis insinúa la admisión de la realidad de un mundo externo. Existe esa cosa llamada experiencia, cuyo contenido no inventamos, sino que nos limitamos a encontrar. Hay una relación que podría llamarse "participación": la mente ha entrado en la estructura del mundo real. Para Lewis, sin embargo, lo mismo que para Dewey, la presentación de los datos inmediatos no es conocimiento.[2]

2. La experiencia inmediata se transforma en conocimiento cuando se asigna un contenido a lo momentáneamente dado.[3] El

[1] Lewis: *Mind and the World Order,* págs. 29, 58, 272, 307.
[2] *Ibid.,* págs. 30, 46. Lewis. *An Aanalysis of Knowledge,* págs. 182, 188.
[3] Lewis: *Mind and the World Order,* pág. 37.

proceso no es tan agresivo como en el caso de Dewey: no se toma por asalto el reino del conocimiento.

a. Tiende a considerarse los objetos más como finales y menos como transicionales. Lo dado como conceptualmente interpretado es visto como el objeto real. Las meras cualidades sensibles no constituyen un objeto, salvo con ayuda de conceptos abstractos y principios categoriales. El elemento pragmático en la verdad y el conocimiento, radica entre la elección de un sistema conceptual para la aplicación y la atribución de una denotación sensorial al concepto abstracto. Se presta alguna atención al futuro. Toda cosa es un puente entre la experiencia dada y el cambio predecible.[1]

b. Lewis emplea una distinción que recuerda la doctrina de Dewey de las proposiciones genéricas y universales, pero en un contexto completamente platónico. Dice que hay caracteres cualitativos discernibles de lo dado que pueden repetirse en diferentes experiencias y son, por tanto, una especie de universales. A estos caracteres los llama *qualia.* Distingue entre 1) las generalizaciones empíricas que son universales, pero no apriorísticas; 2) la elaboración apriorística de conceptos puramente abstractos prescindiendo de toda cuestión de las aplicaciones posibles, y 3) el conocimiento categorial de los principios interpretativos. Los principios categoriales no son generalizaciones empíricas en el sentido de que alguna experiencia posterior puede probar una excepción y, por ende, invalidarlos. El hecho de que el pragmatismo no toca la verdad *a priori,* que sigue siendo absoluta y eterna, es lo único que nos salva del escepticismo.[2]

c. Se acerca a Dewey en su opinión de que las formas lógicas y los principios categoriales llegan a hacerse evidentes en el curso de nuestra actividad propositiva, o, cuando menos, de nuestras actitudes activas. Un principio categorial es una especie de actitud propositiva tomada en interés de la comprensión y la inteligibilidad con que afrontamos lo dado. Las leyes de la lógica hacen explícitos los principios básicos de toda interpretación de nuestros modos generales de clasificación. Por ejemplo, la ley de la exclusión del término medio formula nuestra decisión, declara nuestro propósito de hacer para cada nombre una dicotomía completa de la experiencia, atendiendo a la sencillez y a consideraciones similares. Los conceptos y principios se revelan como instrumentos de interpretación. Su significado estriba en las conse-

[1] *Ibíd.,* págs. 58, 272, 395.
[2] *Ibíd.,* págs. 13, 121, 273-275.

cuencias empíricas de la actitud activa. Si las categorías no tuvieran consecuencias prácticas, la mente no las usaría nunca.[1]

d. Podemos someter a prueba la significación de todo principio filosófico y preparar el camino para determinar su verdad si preguntamos: "¿Cómo sería diferente la experiencia, si el principio fuera correcto, de lo que sería si el principio fuera falso?" [2]

e. El conocimiento acumula, estructurado y controlado por las categorías apriorísticas; pero éstas reflejan, a su vez, nuestras actitudes activas, y el método reflexivo es inevitablemente pragmático.

f. Para Lewis, lo mismo que para Dewey, hay condiciones y limitaciones. La interpretación mediante la cual se refiere lo dado a una categoría es siempre de tal carácter, que puede resultar errónea. Su validez no puede conocerse nunca con certeza. Los modos categoriales de interpretación pueden estar sujetos a una transición gradual e incluso a bruscas alteraciones. En la medida en que las pruebas empíricas recientemente descubiertas pueden hacer prácticamente imposibles los antiguos principios, la antigua verdad no fué nunca otra cosa que hipótesis, y ahora se ha demostrado que es completamente falsa. La mente puede alterar el *a priori.* Ningún equipo de categorías y conceptos que la mente es susceptible de alcanzar, nos permitirá comprender la experiencia de manera completa y en todos los respectos.[3]

3. En la obra de Lewis, se recalca de manera inequívoca la importancia de la mente. El problema de una metafísica correctamente concebida, al igual que el de la lógica, es un problema que ha de resolverse por medio de una autoconciencia clara y convincente. Sólo podemos descubrir la mente y lo que le es dado independientemente, por medio de un análisis dentro de la experiencia misma. Lo dado está en la experiencia, no antes de ella. Sea o no en realidad universal la relación sujeto-objeto, la respuesta debe ser compatible con su universalidad en el conocimiento. Todo orden que es digno del nombre de ley, depende eventualmente de algún ordenamiento creado por la mente.[4]

4. Para Lewis, las cualidades de nuestra experiencia no se atribuyen, al parecer, a la naturaleza.[5]

[1] *Ibíd.,* págs. 31, 228, 246.
[2] *Ibíd.,* pág. 31.
[3] *Ibíd.,* págs. 224, 228, 233, 265, 271.
[4] *Ibíd.,* págs. 10, 30, 55, 192, 254.
[5] Cf.: Lewis: *An Analysis of Knowledge,* pág. 201.

VIII

1. La filosofía, para Lewis, no es cosmología, pero puede ocuparse de los aspectos más amplios y generales de los problemas, cuya investigación pertenece principalmente a las ciencias naturales. La filosofía se ocupa especialmente del elemento apriorístico, categorial, del conocimiento científico. Por ejemplo, ninguna experiencia de lo físico puede dejar de presentar aquellas características cuya ausencia impediría que el contenido dado de la experiencia pudiera ser interpretado como realidad física. La formulación de nuestra actitud interpretativa, deliberadamente tomada y conscientemente secundada, constituye una definición categorial de lo físico. Esto no limita el contenido de lo dado, ni pone ninguna prohibición en el camino de la experiencia.[1]

2. La ciencia sustituye las cosas ordinarias *(a)* con cosas que son concebidas en términos de correlaciones menos directamente observables.[2]

b. La esencia de una cosa, sea lo que fuere, no necesita ser establecida por medio de la inducción ni convertida en generalización empírica. En la marcha hacia los ideales científicos, se llega a una etapa en que ya no es posible decir fácilmente si se idean los conceptos y se descubren las leyes para que se adapten a los hechos fenomenales, o si es el mismo sistema conceptual el que gobierna y los hechos se reconciben de conformidad con él. Por lo menos, la reciprocidad entre ambos procesos se encuentra aproximadamente a la par.[3]

c. Puede ocurrir que el movimiento inevitable de las ciencias exactas siga la dirección en la que las han precedido las matemáticas. Con una ciencia exacta como las matemáticas, es posible una etapa, si es que ya no se ha llegado a ella, en la que pueda expresarse el problema de la verdad científica tan bien como el descubrimiento de leyes empíricas suficientemente vastas para constituir un todo sistemático, o como la selección de un sistema abstracto que sea aplicable a los hechos.[4]

d. Cuando la investigación se refiere a la aplicación de un sistema abstracto, deben figurar necesariamente los datos sensoria-

[1] Lewis: *Mind and the World Order,* págs. 13, 17, y *An Analysis of Knowledge,* págs. 138.
[2] Lewis: *Mind and the World Order,* pág. 394.
[3] *Ibíd.,* págs. 397, 399.
[4] *Ibíd.,* págs. 393, 398.

les. La integridad lógica del sistema abstracto no es una garantía de aplicabilidad.[1]

e. Como podría esperarse, el operacionalismo no es para Lewis concluyente, sino confirmador.[2]

f. En la naturaleza de su ideal, las cosas últimas de la ciencia deben ser eternas; pero todo principio categorial está expuesto a la modificación.[3]

3. Se repite el énfasis sobre la experiencia. Por ejemplo, Lewis pregunta si, cuando reflexionamos sobre la historia de la química, no será evidente que la determinación de lo que pertenece a la elaboración deductiva de los conceptos y lo que pertenece a la generalización empírica de la experiencia, depende simplemente de nuestros mismos modos de concepción.[4]

IX

La obra de Lewis plantea dos cuestiones principales. En primer lugar, ¿afronta francamente y haciéndoles justicia los hechos evidentes de la psicología y la antropología evolucionistas? Lewis dice que las actitudes activas de la vida animal representan presumiblemente los fenómenos de los que ha surgido genéticamente el tipo humano de conocimiento. Por otra parte, los hombres son criaturas fundamentalmente iguales en sus necesidades, intereses y facultades y se encuentran frente a una realidad común, indicada en una experiencia sensorial, que es comparable. Hasta la coincidencia de categorías puede interpretarse como una coincidencia psicológica necesaria del aspecto formal o relacional de la experiencia. Indudablemente, lo que es fundamental, como lo es la lógica, tiene sus raíces en la naturaleza de la mente humana, aunque no de tal modo que sea autoevidente o la única posibilidad autoconsistente.[5]

¿Qué queda, pues, podemos preguntar, como *a priori*? Si los principios categoriales tienen sus raíces en la naturaleza de la mente humana, que, genéticamente se remonta a la mente animal, y si todo principio categorial queda abierto a la revisión, parecería

[1] *Ibid.*, pág. 399.
[2] Lewis: *An Analysis of Knowledge,* pág. 196.
[3] Lewis: *Mind and the World Order,* pág. 397 y también págs. 224, 228, 233, 265, 271.
[4] *Ibid.*, pág. 399.
[5] *Ibid.*, págs. 91, 211 y Lewis: *An Analysis of Knowledge,* pág. 10.

que lo que para un hombre o una generación es *a priori*, para el hombre o la generación siguientes es un *a posteriori*.

Esto sugiere otra cuestión, a saber, la de que cuando llega a una prueba real y trata de precisar cuáles principios son *a priori*, Lewis rebasa sus propias ideas. Dice que la enunciación "los loros son aves" es *a priori*: toda criatura que no sea ave no puede ser loro. "Los loros tienen un grito ronco" es *a posteriori*. La diferencia estriba en la intensidad o extensión que se da al vocablo "todos". [1] Pero, como ya dijimos antes, la clasificación, lo mismo que la predicación o la atribución de propiedades, tiene que arrostrar el riesgo que implica el salto inductivo. La proposición "las ballenas son peces" tiene carácter intensivo y apriorístico suficiente para satisfacer a los taxonomistas aficionados. Ahora decimos "las ballenas son mamíferos", pero no debemos tratar de hacer imposible una revisión futura de la taxonomia. Todo intento de hacer que el *a priori* abarque un hecho concreto o existencial, un objeto, clasificación, propiedad o predicado, está expuesto a la discusión y a la posibilidad (aunque no a la necesidad) de una revisión futura. Lewis admite que lo que es *a priori* es "solamente el principio de la categoría". [2] Esto parece equivaler a decir que sólo es inevitable la forma, la estructura sintáctica de las proposiciones generales y universales. Tal cosa, con o sin Platón, resulta tan evidente que todo aquel que puede contar con realidades antecedentes, puede llamarlas apriorísticas. [3] Estas son las formas que toma nuestra experiencia. Falta por averiguar *qué* experiencias u objetos se ajustan a ellas. Podemos estar de acuerdo con Lewis en que algunos de estos hechos, aunque no necesariamente todos, tienen que ser extraídos de su matriz natural por medio de métodos pragmáticos, y no por la observación ordinaria.

X

El pragmatismo es una acción de retaguardia, una batalla desesperada sostenida en favor del idealismo, un propósito de recalcar

[1] Lewis: *Mind and the World Order*, pág. 434.

[2] *Ibíd.*, págs. 223 y siguientes.

[3] Cabe añadir que es posible elaborar un punto de vista realista según el cual las formas lógicas, aunque ejemplificadas y persistentes en los procesos mentales, no se originan allí: también son ejemplificadas en el mundo de la naturaleza. En un realismo lógico, puede decirse que aquéllas son anteriores tanto a la mente como a la naturaleza. Los problemas de la lógica intensiva y extensiva, así como los de las proposiciones analíticas y sintéticas, necesitan ser reformulados en términos de estructuras sintácticas, despojadas de sus conexiones no esenciales con la psicología y la epistemología.

la importancia de la experiencia humana o de la mente, reinterpretadas de modo que se pongan de manifiesto sus funciones dinámicas y prácticas.

Como todo idealismo razonable —lo prueba el caso de Berkeley, Kant y Bosanquet— el pragmatismo tiene que admitir algún realismo. Aunque no se encuentran pruebas de ello dondequiera, es por lo menos natural, si no inevitable, el decir que la experiencia es experiencia de algo que, bajo otras condiciones, es independiente de nosotros.

La cuestión que siempre queda por dilucidar es ésta: ¿cuál es la contribución relativa de la mente y del mundo al panorama? Considerado bajo una perspectiva de largo alcance, puede considerarse el idealismo como una protesta contra Copérnico con su degradación de la tierra, incluso el hombre, en el cosmos. En esta protesta, Descartes recalcó la importancia de la experiencia, Locke la analizó; Hume mostró el flaco en el aislamiento que hizo Locke de la mente con respecto al mundo; Kant contestó a Hume con una réplica en la que —de manera curiosa y acaso más significativa de lo que él se daba cuenta— habló de una revolución copernicana, y el idealismo floreció en Fichte y Regel y sus sucesores. En gran parte de este desarrollo, se gravó a la naturaleza, por así decir, sin que estuviera representada. En Hegel, la naturaleza fué transformada, *aufgehoben*.

Esta tradición ejerce un efecto poderoso sobre aquellos que se educaron en ella o cerca de ella. A veces, nos lleva tan lejos del mundo de la realidad que se produce una reacción íntima, y el idealismo llega a adquirir un carácter práctico, como en Dewey. En todo caso, las ciencias de laboratorio parecen frías e inhumanas, y se cree que necesitan alguna ayuda epistemológica y lógica que haga resaltar en ellas el factor humano. Tradicionalmente, esta ayuda ha tratado de construir los datos como fenómenos. En tiempos más recientes, se han hecho tentativas por considerar como arbitrarias las definiciones, o restar importancia a los experimentos, presentándolos como ilustraciones de procedimientos operacionales. Diríase que se ha recurrido a todo para realzar la importancia del hombre.

Cuando se intenta alcanzar una visión completa de la teoría y la práctica, del laboratorio y la vida, del hombre y del mundo, parece existir una escala de corredera para medir la eficacia e importancia del hombre. La experiencia es un coeficiente para la expresión de nuestro conocimiento, pero que varía según el tipo de conocimiento. La epistemología no es una ciencia exacta y sólo podemos determinar aproximadamente el valor de la variable. A

veces, como en muchos casos prácticos su valor es elevado; pero tiende hacia 1, de modo que, a medida que nos apartamos de nuestros intereses emotivos y prácticos, el coeficiente sólo modifica ligeramente el valor de la expresión. En ese extremo de la escala, en particular en la astronomía, la naturaleza parece desenvolverse perfectamente sin nosotros. El pragmatismo trató de encontrar un nuevo asidero sobre la naturaleza para nuestras valoraciones fugitivas, pero en toda perspectiva amplia, incluso si en el futuro logramos hacer la lluvia artificial o provocar la migración interplanetaria, el asidero es endeble y resulta difícil sostener el entusiasmo que pueda suscitar como algo definitivo. Para una filosofía que aspire a proporcionar una visión del mundo y no una simple descripción de métodos y procedimientos, el pragmatismo desdeña demasiadas cosas. El estupendo mecanismo de las estrellas en sus órbitas, la danza de los átomos, la rugosa tierra con sus mares, sus montañas y su cielo, el majestuoso cortejo de las especies extintas y vivientes de plantas y animales, las maravillas del metabolismo y la reproducción, la complejidad indescriptible de los sistemas nerviosos, las estructuras y procesos en lento movimiento de las sociedades, quedan excluídos de la filosofía, como no sea para considerarlos como el contenido de nuestra experiencia o el campo de nuestra actividad.

Todo este mundo perdido puede ser restaurado por un naturalismo adecuado y comprensivo. La objeción que el pragmatismo hace al naturalismo consiste en que éste da escaso apoyo a los valores humanos, ¡como si salieran mejor librados los valores humanos cuando se les deja entregados a su propia actuación en un universo tan abrumador como lo es el nuestro, según lo demuestra la ciencia! El retorno a la naturaleza, sin embargo, no significa necesariamente un universo en blanco. No implica el secuestro de los valores, como dice Dewey, ni la caída en el escepticismo, como cree Lewis. La naturaleza misma, cuando se la aborda adecuadamente y se la comprende como es debido, constituye la base más firme de nuestros valores y nuestro refugio más seguro contra el escepticismo.

Supongamos que en una era científica, con su objetivismo, dejamos de prestar importancia al "hombre y sus maneras" y prestamos atención, al menos temporalmente, a la naturaleza, que estudiamos empíricamente las estructuras del mundo y sus procesos, así como las estructuras de la vida y de la mente, y descubrimos que, en sus detalles, todas ellas presentan los mismos principios. Entonces podemos inferir que, con nuestras valoraciones, no nos inmiscuimos en la naturaleza, sino que pertenecemos a ella. No se sigue de esto

que el mundo sea una mente, sino, más bien, que la mente es un mundo, y las valoraciones que se desarrollan en ese pequeño mundo tienen una base y una sanción naturales en el grande.

En semejante empresa, el pragmatismo, en lugar de distraernos con esperanzas semifútiles, puede ser uno de nuestros mejores guías. Puede desempeñar su función de evitar el exceso de importancia concedida a las sensaciones, percepciones e ideas, sin incurrir en otro exceso similar por lo que se refiere a las acciones, satisfacciones y controles. Lo que el pragmatismo, a diferencia del empirismo ordinario, nos enseña con respecto a las estrellas, los átomos y los organismos, será insignificante. Su campo de acción no es tanto el de las ideas como el de los ideales. Actúa propiamente con los datos de las ciencias sociales, más bien que con los de las ciencias físicas. Los problemas de la sociedad, la economía, la política, la filosofía de la historia, son demasiado complicados para los métodos ordinarios y para nuestros recursos racionales o empíricos. Ante las dificultades que tenemos enfrente, es menester acumular todos estos recursos. El pragmatismo nos ofrece una especie de estadística moral para ayudarnos a manipular los factores individuales, unas veces llamativos y otras evasivos, del complejo social. Como no nos es posible analizarlos o apreciarlos individualmente, podemos atacarlos en masa y, o bien modificarlos con nuestros actuales procedimientos, o modificar éstos en el curso del esfuerzo. El pragmatismo, debidamente restringido, puede enseñarnos a someter a prueba nuestras valoraciones en los ajustes prácticos que hagamos y en las reacomodaciones consiguientes, sin que ello implique que con esto reconstruímos el mundo. En las cuestiones relativas al mundo físico, el pragmatismo se encuentra a menudo fuera de lugar y a veces resulta presuntuoso; pero cuando comprendemos el mundo mediante otros procedimientos en las grandes cuestiones, en los problemas vitales de comprender *nuestro lugar* en el mundo físico, el pragmatismo puede ayudarnos a sentirnos seguros cuando llegamos a encontrar el camino recto.